



Fernando J. Muñoz

LOS DIEZ ESCALONES

Una abadía remota. Un amor prohibido.
Un crimen que puede cambiarlo todo

Fernando J. Múñez



Los Diez Escalones

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Fernando J. Muñoz, 2021
Autor representado por IMC, Agencia Literaria
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Ilustración de las guardas: © Àlvar Salom

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: mayo de 2021
Depósito legal: B. 4.705-2021
ISBN: 978-84-08-24228-4
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Unigraf
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Anno Domini, 1281, 15 de diciembre

Ascendió jadeante, con una argolla de angustia al gazonate que apenas le dejaba tomar resuello. «No desfallezcas. No lo hagas, no todavía, Andrés —se advirtió—. Dios te conmina a completar tu misión». Coronó las escaleras que conducían a la biblioteca y penetró con la lámpara en alto. A su espalda podía escuchar las pisadas descompasadas de su asesino, uno al que conocía muy bien, al que había estado unido como a un hermano y con el que había recorrido el camino de la vida sorteando pesares y victorias. En cambio, ahora, en plena madrugada, huía de él como si fuera el mismísimo anticristo, adentrándose en aquel santuario de pergaminos, tintas y encuadernados donde había pasado tanto tiempo. Decidió dejar la puerta abierta y aguardar la llegada de su antiguo amigo. Rodeado por los fantasmas negros que se proyectaban al son del cabo de vela, buscó en la penumbra un lugar donde tomar asiento. Arrastró los pies hasta alcanzar uno de los *scriptorium* y se acomodó en la bancada admirando una copia de la obra de Orígenes, una traducción al latín vulgar, trabajo de alguno de sus compañeros copistas. Contempló aquella estancia otra vez y recordó todos aquellos años entre volúmenes añejos y colosales. Cuánto tiempo consagrado al eterno camino de

recopilar el saber humano, una tarea que le había sido encomendada por el abad hacía años y que él se propuso cumplir diligentemente. Así lo hizo, tanto que su propia eficiencia le había hecho tener una visión más complaciente de sí mismo.

Advirtió su mano temblorosa. Le anunciaba que el veneno que llevaba en la sangre hacía ya su efecto. Exhaló un vaho ominoso con un suspiro, como si con ello pudiera expulsar la ponzoña que recorría su cuerpo, y este quedó retratado por el único rayo lunar que decoraba la sala. A pesar de todo lo que había ocurrido, se sintió satisfecho. «Has hecho lo que debías por una vez, Andrés —se dijo—. Es el momento de rendir cuentas por tu vida de pecador». Se intuyó a sí mismo pálido, con el cuerpo encorvado y esperando la guadaña segadora de la muerte. Sin embargo, no le importó; ya no, después de bucear en las galerías de su propia alma, después de haber visto su imperfección frente al espejo, había comprendido lo lejos que se hallaba del camino de Cristo, aquel que había hoyado la tierra para marcar la senda de los justos.

Escuchó cada vez más cerca los jadeos de su perseguidor, ansiosos y protervos; un aliento que estaba cargado de pecados inconfesables, muchos de los cuales habían sido cometidos con su complicidad. Sonrió contemplando imágenes de tiempos pasados. Ambos, su asesino y él, habían combatido al sarraceno como soldados bajo los estandartes del rey Alfonso X, llenándose la boca de muerte y cubriendo sus manos con la vida roja de los infieles. Ambos habían fornicado y pecado en exceso, habían caído en la gula, la codicia y la indiferencia ante el dolor humano. Así había sido hasta que los dos, con el alma empapada de sacrilegios, se habían visto ante la muerte, desnudos y fríos, como cadáveres ante una plaga de fiebres enfermizas destinada a segar la vida de todo pecador o santo. Aquel día, con ape-

nas carne sobre los huesos, se habían arrodillado y rogado a Dios con las manos entrelazadas que acogiera sus almas macilentas. Y Dios les había salvado: les había entregado una nueva vida para que la dedicaran a buscar el camino recto. Por eso ambos habían terminado sirviendo dentro de la Orden del Císter, sometidos a su regla.

Desde aquel abandono de la violencia y el pecado, él se había convertido en modelo de amor y rectitud cristiana, un ejemplo según la regla y la santa madre Iglesia, hasta que los acontecimientos de los últimos días le habían revelado ante sus propios ojos que era un ser indigno del perdón del Todopoderoso. Ahora, con la perspectiva de más de tres cuartas partes de su vida ya agotada, se dijo que nunca se hubiera podido imaginar lo que llevaba dentro: se había terminado convirtiendo en un ladrón, un asesino, un adúltero..., un hombre acosado por sus pecados. ¡Cuánto arrepentimiento! ¡Cuánto orgullo y vanagloria! Su alma estaba condenada y, si el Altísimo tenía a bien concederle el perdón, sería solo por la aflicción que desde unos meses atrás recorría su alma y por el sacrificio que estaba haciendo al final.

Su pensamiento se cortó de raíz al sentir un dolor agudo en el costado que casi le hizo perder el conocimiento. Abrió los ojos desfallecido y sintió sus pulmones ardiendo como dos pesados tizones en llamas. Con el aliento angosto, percibió su sangre agolpada en las sienes, pulsante, y el corazón encabritado. «Apenas puedo respirar —se dijo—, el veneno me está devorando por dentro». Hizo acopio de todas sus fuerzas y elevó la mirada hacia el umbral. Allí, de pie, surgió, a la luz de la lámpara, la figura enjuta de su asesino con la cogulla inundando aquel rostro acartonado por la edad. Avanzó hacia él con paso sereno y las manchas excoriadas y rojizas de su semblante se destacaron brillantes a la luz de los cabos.

—Al fin te rindes ante la evidencia, Andrés —bisbiseó su antiguo amigo para terminar gruñendo un poco—: Nunca deberías haber...

—La única evidencia es que ambos estamos condenados —lo interrumpió entre toses—. Se nos dio una oportunidad y míranos ahora, hemos fallado a Dios.

El homicida se acercó a él apretando compulsivamente una cruz pequeña tallada en dolor y sangre, un trasunto de la vida que habían llevado. Unidos por una amistad sincera durante años, ya solo los unía el pecado. Ambos se deshacían en ceniza pestilente, cada uno llevado por una necesidad imperiosa de defender posturas contrarias.

—Andrés, ¿dónde está?

—Lejos de ti, lejos de esta abadía. —Su voz se entrecortó y se dobló hacia adelante sintiendo que sus piernas eran dos hebras pajizas.

—Mientes. Te conozco demasiado bien, no has tenido tiempo de enviarlo fuera del cenobio —le contestó—. Antes de viajar al infierno, dime dónde está. Tal vez así salves tu maltrecha alma.

Entonces Andrés sonrió para sí. Con las pocas fuerzas que le quedaban, se puso en pie como un junco roto y avanzó hacia su asesino hasta pararse frente a él y escrutarlo sus pozos negros. Sin poder evitarlo, comenzó a gorgotear, tratando de tomar aire, cuando de su nariz se desprendió un hilillo de sangre oscura.

—No hay salvación, amigo mío —dijo con la voz quebrada—, no hay perdón para hombres como nosotros, no para lo que hemos hecho.

—¡Cuánto te has equivocado, Andrés! Cuánto te equivocas. Dios nos encomendó una nueva misión y tú has ido en contra de su mandato.

—No es más que el miedo el que habla por tu boca... —afirmó él, y apoyó su mano ensangrentada sobre el hom-

bro de su antiguo amigo con el fin de sostenerse—. Ahora, ya que me has matado, déjame morir en paz y...

Antes de acabar la frase, Andrés experimentó una última punzada y el dolor que sintió le pareció justo. Se desplomó sobre sus rodillas con el pulmón incendiado y la garganta llena de sangre cuajada. Corvado, agonizando bajo su propio estupor y con el cuerpo cada vez más frío, se dijo que la vida no era más que un chiste cruel, un camino de soledad y miseria al que se venía para aprender a amar, a uno mismo y a otros, pero en el que se terminaba por conocer solo la condición humana: mortales hechos de barro pasajero, tan frágiles como una promesa rota. Se convulsionó y al final impactó con su cabeza sobre el solado. Mientras su vista se velaba con nieblas húmedas y sus órganos se deshacían entre estertores, su asesino se acercó a él y le escrutó con dulzura, la misma que los había unido en el pasado.

—Tranquilo, Andrés, no dejaré que caigas en la mala muerte. No tú, con quien tanto he vivido. Voy a darte la *extrema unctio* para que, pese a los pecados que has cometido en esta vida, el Señor pueda perdonarte.

Él abrió la boca, esputó carmesí y lanzó un gorgoteo descorazonador.

—Gra... cias... —le contestó.

—Dime dónde está. Créeme, te será más fácil reconciliarte con el Señor. Estás protegiendo lo que no debes.

—Está... —dijo en un último suspiro— en buenas... manos.

—Como desees, Andrés —le susurró con palabras serenas—. De nada servirá si no te arrepientes, pero no quedará por mí.

Andrés, privado de aire y palabra, percibió cómo su asesino le ungía los ojos nublados, la nariz que apenas inhalaba aire, los labios descoloridos, los pies y las manos frías. Se

contempló alejado, viendo que el velo del mundo se deshacía ante sus ojos y que su alma se preparaba para ser condenada por sus pecados. Entonces, justo cuando sus sentidos daban ya el último suspiro, oyó la voz de su ejecutor sobre su oído despidiéndose con una sencilla frase cargada de desconsuelo y fatalidad:

—Adiós, viejo amigo. Ojalá nunca hubieras cruzado los diez escalones.

CAPÍTULO I

Dos años después

Había nevado un poco durante aquellos días y el rocío escarchado se abrazaba esa mañana a la campiña constriñéndola como un mal amante. «Qué viaje tan largo y difícil, Alvar», se dijo. Asomó la cabeza entre las telas del carro cardenalicio y miró hacia las nubes negruzcas. Rezó una plegaria breve para que no descargaran y los caminos no terminasen llenos de un barro intransitable. Se introdujo de nuevo en el carromato y removió con el hurgón las ascuas del brasero para que le dieran más calor. Después apoyó la cabeza en los maderámenes crujientes del carruaje y dejó caer su mirada ausente por los intersticios de la cortina y el ventanuco. De vez en cuando, les sobrevolaba el resoplar de los bueyes que tiraban del pesado yugo y dejaban tras de sí una columna efímera de vaho. Tamizado por este a ratos, el capitán Lucio Ferrante cabalgaba al trote sobrado de fuerzas, liderando a los doce hombres que conformaban su guardia cardenalicia. Junto a él, Luca Giordano, el segundo de armas, un soldado con fama de aguerrido y creyente, sostenía las riendas de su corcel con sus manos venosas y nervudas expuestas al aliento de la sierra. Alvar se preguntó por qué motivo aquel soldado suyo llevaba los guantes al cinto y prefería soportar el frío.

Suspiró y retuvo un poco el aire, cansado y taciturno. No le agradaba viajar. Cuando lo hacía, percibía que parte de su vigor languidecía poco a poco, como si se precipitara por el desagüe que era la larga secuencia de los días monótonos. Se sentía incómodo: todo el día volcado en orar al Altísimo, rodeado del lenguaje quejumbroso de las ruedas sobre la antigua vía romana, las exclamaciones de sus guardias o el lento paso de los cabestros... «Cómo añoras una buena discusión de teología», se decía de cuando en cuando. Él era de gustos sencillos y sus aspiraciones no eran otras que conversar sobre teología y filosofía en una biblioteca, cerca de una chimenea cuando el invierno hostigaba indecente o en una terraza fresca con vistas a algún paraje natural en verano. Hubiera preferido quedarse entre los anaqueles del vaticano y consumir los instantes en estudiar, leer, escribir y comentar. Esa era la cotidianidad en la que estaba instalado y no deseaba abandonarla.

Habían pasado meses desde que un grupo de peregrinos castellanos le había entregado la carta de Rafael Abelardo, abad de Urbión. Aunque cada dos años recibía misivas de este contándole las nuevas, el contenido de la última era diferente. En ella, su antiguo maestro le rogaba que acudiera lo más pronto posible a la abadía, situada cerca de Burgos. La carta se le había antojado inquietante. Su amado tutor no le habría escrito esas líneas de no ser por algo de suma importancia. Sabía bien que hacerle regresar después de tantos años, con el pasado amargo impregnado en los muros del monasterio, abriría las llagas hendidas en su alma. Aquel tiempo, sus recuerdos, se habían ocultado como un carroñero acechante que espera su oportunidad para ajustar cuentas entre las crestas pobladas de su memoria. Por eso, pisar el reino de Castilla le producía desazón.

Había sido una huida de dos décadas y una larga lucha contra sí mismo para encontrar la armonía perdida al mar-

charse de Urbión. Aquella vida primera, la que había dejado atrás al salir del cenobio, era demasiado antigua e indestructible. «Cuántos recuerdos dolorosos», pensó. Aun así, no había podido evitar acudir a la llamada de Rafael y había pedido permiso al papa Martín IV para iniciar su viaje. Este le había concedido ausentarse de la Santa Sede a cambio de ejercer previamente de *legatus a latere*: un delegado papal para afianzar la alianza entre el papado y el rey Felipe III de Francia contra la Corona de Aragón. El papa ya había excomulgado a Pedro III de Aragón por haber tomado Sicilia hacía un año y haberse proclamado monarca de dicho territorio. Ahora, llegado el momento, deseaba investir la corona de Sicilia sobre Carlos de Valois, segundo hijo del rey francés. Alvar debía allanar el camino para esto.

Solo después de su reunión con el rey Felipe III en París había tomado rumbo hacia el reino de Navarra, en concreto en dirección a Pamplona. Siguió el Camino de Santiago hasta Burdeos y terminó cruzando los Pirineos por Roncesvalles. Pasadas unas semanas, con la barba más crecida y el cansancio conquistando sus huesos, había alcanzado las tierras castellanas de Logroño. «Los viajes amplían el intelecto, pues es una de las formas de conocimiento más sencillas y eficaces», se consolaba tratando de sacar provecho a sus pequeñas paradas, admirando a las gentes del lugar o conociendo la historia de las parroquias en las que se los acogía. Tras un trayecto sin incidentes, culminaron otro alto en la catedral de Santo Domingo de la Calzada y su hospital, donde fueron recibidos por el deán. A la mañana siguiente, escribió una escueta nota a Rafael y ordenó a Luca Giordano que se adelantara para anunciar su llegada. Supuso un pequeño descanso pasar tres días estudiando los códices que allí tenían, sobre todo una versión del *Codex Calixtinus*: cinco libros escritos en latín que recogían,

además de otras cuestiones, los milagros del apóstol Santiago y una guía sobre el peregrinaje a Santiago de Compostela.

Ahora, con el recuerdo enamorado de aquella biblioteca y sus códices, tan grandes como medio hombre, abandonaba el monasterio de Yuso en San Millán de la Cogolla. Tenía por delante el último tramo hacia la abadía de Urbión, llamada así por encontrarse entre los picos del mismo nombre y la serranía de Neila. No se sabía mucho de su historia. Se comentaba que era uno de los enclaves más antiguos de la península y que había sido utilizado desde tiempos de los romanos como fortificación. Le sucedieron los visigodos y después los musulmanes, que establecieron una modesta casa de la sabiduría de clérigos eremitas. Esta fue destruida y saqueada con el avance cristiano y más tarde pasó a ser un monasterio del Císter.

La galera, tan cansada como él, emitió un nuevo quejido sonoro cuando sus ruedas superaron otro bache del camino. Alvar se recostó para tratar de conciliar el sueño un rato. El traqueteo continuo del carromato se lo puso muy difícil y apenas dio un par de cabezadas. En la última se despertó justo cuando el carro se detuvo. Abrió los ojos, se atusó la barba poblada y recorrió la pesada cortina mientras el capitán Ferrante, con su estilo seguro y rudo, se acercaba a caballo:

—Ilustrísima, Luca Giordano ha regresado junto a un oblato de la abadía de Urbión —le informó en el dialecto romanescos propio de la península itálica—. Al parecer, Luca no llegó al cenobio, pues se encontró a medio camino con el monje enviado por don Rafael para recibirnos.

—Decidle al oblato que se acerque —le contestó en castellano.

Esperó un poco hasta que apareció un joven de unos veinticuatro años, con una fina barba recortada hacia el

mentón y una mirada plácida que bien podía ser la de un santo o la de un niño. El muchacho, enfundado en un echarpe largo, el hábito blanco y el escapulario negro del Císter, sujetaba con la mano derecha unas cuerdas ligadas a un borrico que le debía de haber servido de montura. Alvar lo observó y este lo miró huidizo, con ojos de cordero atemorizado, dedicándole una torpe reverencia. Alvar tuvo la certeza de que su presencia le suponía una impresión enorme.

—*Pax tecum*, mi señor cardenal obispo —dijo—. Siento mi tardanza. El abad don Rafael me ordenó salir de la abadía en vuestra busca para ayudaros en todo lo que pudierais necesitar, pero equivoqué el camino hacia Santo Domingo por mi escasa experiencia en viajes y...

—No te preocupes, no es nada grave —dijo Alvar interrumpiendo sus excusas—. No es necesario que te dirijas a mí por mi título completo, basta con «ilustrísima». ¿Cuál es tu nombre?

—Mario..., ilustrísima. Nada más.

Aquel «nada más» revelaba un origen humilde. Seguramente había sido entregado al monasterio al poco de nacer y, por la pureza con la que apenas le miraba, le daba la sensación de que no conocía más mundo que las paredes del cenobio. Aun así, por sus ademanes, parecía instruido, posiblemente porque Rafael se había preocupado de ello. Un rasgo que confirmaba esta premisa era que portaba, colgado del cíngulo, una pequeña funda de cuero que ocultaba una flauta de madera. Alvar asintió y el monje hizo una inclinación avergonzada de cabeza y tiró del burro para retirarse.

—Aguarda. No te vayas, sube. Los dos ganaremos algo si lo haces. A mí no me vendrá mal una conversación y tú agradecerás el calor del interior.

El joven dudó unos instantes y, abrumado ante lo que

consideraba un honor, balbució un «gracias, ilustrísima». De seguido, ató el burro a la parte trasera del carro y subió haciendo otra reverencia. En cuanto cerró la puerta, el mayoral hizo restañar su látigo y los bueyes reanudaron su andadura. Las maderas de la galera comenzaron a crujir y se restauró el cimbreo. El muchacho se frotó las manos. Después, algo cohibido y con la mirada renuente, extendió las palmas hacia el brasero sin atreverse a hablar. Alvar supo que sería mejor romper el silencio antes de que el ánimo del joven se llenara aún más de nervios.

—¿Cómo está don Rafael? —preguntó Alvar finalmente.

—Goza de buena salud, mi señor.

—¿Y la abadía?

—Todo marcha bien. El abad me envió a buscaros para haceros saber que la hospedería del monasterio está siendo rehabilitada y no hay allí hueco para vuestra escolta.

—¡Ja! Espero entonces encontrar yo algún hueco en el que dormir —bromeó Alvar.

—No os preocupéis, mi señor obispo, creo que el abad don Rafael ya ha pensado en eso.

—Entonces ya estoy más aliviado. No quisiera terminar como Diógenes de Sinope y dormir al raso.

El monje lo miró sin comprender a quién se refería con su ironía. Alvar levantó los dedos quitándole importancia.

—El señor abad me dijo que, si le parece bien a su ilustrísima, vuestra guardia cardenalicia podría hospedarse en la diócesis de Burgos.

—No hay problema. Tenía pensado escribir al arcediano, don Rodrigo Nuño, para hacerle saber que estoy aquí. ¿Es mucha la obra?

—Solo se está ampliando por necesidad —dijo asintiendo—. Como estamos cerca del Camino de Santiago, algunas veces recibimos a algunos peregrinos que viajan a Compostela desde Toledo.

—Comprendo.

De nuevo se extendió un silencio entre ellos y el monje volvió a frotarse las manos con ese aire cargado de nervios y bondad ingenua propia de las gentes sencillas. Alvar lo escrutó durante unos momentos más: las uñas manchadas de tinta, posiblemente porque realizaba copias al castellano de textos latinos o griegos, sin callos en las manos, por no trabajar en el campo, y con la tonsura y la barba arregladas, por ser esmerado en su aseo, como a Rafael le gustaba.

—¿Desde cuándo eres el adjutor del abad?

—Desde hace muchos años, cardenal —le contestó arrugando el entrecejo sin comprender cómo había adivinado tal cosa—. Le asisto en todo lo que necesita.

Permanecieron callados a intervalos, haciendo algunas preguntas irrelevantes respecto a la gente de la abadía. El joven le contestó aplacando su nerviosismo y le avanzó algunas noticias de los últimos años sobre los monjes que Alvar conocía de su vida pasada en el cenobio. Algunos como Octavio, compañero de travesuras de lo más insospechadas en sus años de zagal, habían abandonado la vida monacal y ya nada se sabía de ellos. Lamentó oírlo. Otros, por contra, copistas excelentes como el hermano Norberto, el converso Juan de Bezares y el bibliotecario Matías, habían pasado a mejor vida. Alvar elevó unas plegarias por los que habían dejado el mundo para reunirse con el Señor.

—Dios los tendrá a todos en su seno por haber sido buenos cristianos —añadió el oblató—. Así lo afirma nuestro prior, don Leandro de Lerma.

Al oír ese nombre, Alvar lo miró de soslayo con cierto estupor. No era tanto el nombre de don Leandro, al que conocía bien, sino el cargo de prior, el segundo en importancia tras el abad, lo que le había cogido por sorpresa. Le vino la imagen de aquel hombre a la memoria: enjuto, con

los ojos hundidos decorando su rostro y una nariz aguileña que hacía juego con su carácter soberbio; y aquella obsesión por el orden, rasgo este último que compartía con él en alguna medida. Sonrió un poco concluyendo que era la ascensión natural, dado que don Leandro era el cillerero ya en su época, un puesto de suma importancia que incluía la responsabilidad de los asuntos monetarios y la cilla, la que por supuesto manejaba con eficacia y disciplina férrea. Alvar recordaba muy bien la distancia que don Leandro mantenía con todo cenobita que no tuviera un cargo relevante.

Se masajeó los dedos y se vio caminando de zagal por aquel claustro de Urbión. Le encantaba recorrerlo acariciando el columnado geminado y observando los arcos de cruja sobre los capiteles de caliza, cincelados con pasajes bíblicos e impregnados de rezos al *Spiritus Sancti* y del mutismo de los monjes. Tras esa imagen, otros buenos recuerdos de su pasada vida empaparon su alma con el licor de la añoranza, y durante un breve instante se le escapó el esbozo de una sonrisa afable. Se abandonó a ese néctar en silencio, al verse de joven volcado en los estudios de otras lenguas, una de sus grandes pasiones, herencia de su mentor. Aquella curiosidad vieja y algo olvidada por la cartografía llamó de nuevo a su puerta y se atisbó allí, en la biblioteca de Urbión, tratando de encontrar nuevos mapas o incluso de hacer los suyos con su escasa destreza para el dibujo. Navegó por aquellos años hasta que, antes de que una pena cediza empolvase su espíritu, necesitó reprimir los malos recuerdos que amenazaban con salir del ataúd donde los había metido.

Cambió de conversación e interrogó al joven acerca de cuestiones más banales, como el funcionamiento de la panadería, el molino, los viveros de peces y otros asuntos menores sobre los campos.

Así transcurrió la travesía hasta que, con la noche encima, Alvar habló con su capitán para que buscara un lugar apropiado para pernoctar. Finalmente, este ordenó a su segundo, Luca Giordano, que dispusiera a los hombres para montar un pequeño campamento. Con sumo cuidado, le establecieron su tienda en un pequeño claro resguardado del frío por los árboles y por una pared rocosa de más de trece codos de alto. Mario dio muestras de una diligencia extrema preparando su jergón y los braseros. Una vez instalado y con los fuegos encendidos, Alvar se reunió de nuevo con el oblato mientras desgranaban unos racimos de las últimas uvas de la temporada. El joven se atusó su barba con los dedos y él carraspeó un poco tratando de quitarse la sequedad del camino que se le había quedado incrustada en la garganta.

—Cuéntame, Mario, ¿qué acontece en el reino de Castilla?

—No sé mucho, mi señor. El rey Alfonso X está en abierta lucha con su hijo don Sancho. Este ha reivindicado en las Cortes de Valladolid su derecho al trono frente a los hijos de su difunto hermano. Sin embargo, si al principio la balanza se inclinaba por su primogénito, su majestad ha recobrado apoyos perdidos, como el del infante Juan, su otro hijo.

—Supe de eso en Roma.

—Vuestra familia, los León de Lara, apoya la facción real.

—Por eso no he escrito a ningún familiar mío. Mi presencia en Castilla debe pasar de lo más desapercibida en este sentido. El papado no debe intervenir en esto a través de mí, es un asunto del rey Alfonso con su hijo Sancho —dijo sin apartar la mirada del fuego—. De conocerse que estoy aquí, querrían que interviniese a favor del rey.

—Lo comprendo, ilustrísima.

—Las disputas por el poder nunca son fáciles, pero si además se dan entre padres e hijos, son todavía peores.

—Gracias a Dios, la Iglesia está exenta de eso —concluyó Mario.

Alvar lo miró con una ceja ligeramente arqueada. La ingenuidad con la que el joven había expresado aquel pensamiento le enterneció como la risa de un niño. Era obvio que Mario poseía la dulzura de quien no ha conocido más que la paz, la dedicación y el estudio. No tenía trato con los males del mundo más que como un cuento perverso de los que acontecían más allá del compás, el perímetro amurallado de la abadía.

—Lamentablemente, no —le contestó sereno—. La santa madre Iglesia está construida por los hombres y, como tal, también posee nuestras imperfecciones.

Fue ahora Mario el que le dedicó una mirada de asombro, como si no pudiera asimilar del todo las palabras que había oído. El monje agachó la cabeza y posó sus ojos cándidos sobre las ascuas. Alvar calló, turbado por sus miedos anticipados. Tarde o temprano ella, su amor de juventud, sabría de su presencia en aquellas tierras y el pasado se haría presente de alguna forma inesperada. Rompió el mutismo con un nuevo carraspeo, tratando de repetir un gesto cotidiano para sentirse mejor y ahuyentar el vacío.

—Creo que será mejor descansar. Mañana al anochecer llegaremos a la abadía, si Dios quiere —añadió—. He ordenado que pongan una pequeña parihuela en mi tienda para que puedas dormir más caliente. Yo antes de acostarme voy a rezar; si quieres, puedes hacerlo conmigo.

De nuevo, el oblato se sintió sobrepasado y asintió con la timidez cargada en sus mejillas. Que un cardenal de la curia papal le permitiera rezar a su lado en privado era algo del todo desconcertante para él.

Tras varios *Pater noster* y un *Ave, Maria*, se acostaron. Se

mantuvieron en silencio, envueltos en el sosiego que queda tras tener una conversación íntima con el Señor, con la noche cerrada y el fuego del brasero iluminando tenuemente el interior de la tienda. En un momento dado, desvió sus pupilas hacia el joven Mario, que parecía perfilado entre las sombras. Este le observaba de soslayo y a destiempo, como si quisiera decir algo que la vergüenza atrapaba entre sus labios. Alvar se recostó un poco y esperó para ver si el valor del monje lo empujaba finalmente a preguntar.

—Don Alvar... —dijo al fin.

—¿Sí, Mario?

—¿Puedo preguntaros algo?

—Por supuesto.

—¿Quién era Diógenes de Sinope?

Alvar sonrió. El joven se había quedado desde esa mañana con el nombre y el hecho de que le preguntara traslucía un carácter inquieto y curioso.

—Fue un pensador griego que postulaba que la *areté*, la virtud, se encontraba en uno mismo, y que para alcanzarla uno debía renegar de todo lo que pudiera atarle al mundo material y a los deseos que este despierta en los seres humanos.

—¿Hacía voto de pobreza como nosotros los monjes o como los frailes mendicantes?

—Oh, sí, sin duda... Hasta el límite, diría yo. Pero, al contrario que las órdenes regulares, su intención no era servir a Dios con humildad tomando del mundo solo lo necesario, sino obtener la independencia frente a todo y a todos.

—Era un hombre muy extremo, entonces. Ahora comprendo vuestro comentario sobre parecerse a Diógenes.

—No en vano se pueden aprender muchas cosas de él —le contestó Alvar—. Su repudia a la vanidad, al orgullo, al poder, a los ornatos de la riqueza, a los artificios de nuestros temperamentos, por ejemplo. Puede que alguna de

estas ideas nos conduzca a liberarnos de ciertas cadenas que atan más fuerte a las personas que las que puedan forjarse en la mejor herrería.

—Entonces, de alguna forma, y aunque no conocía a Dios, era un hombre sabio.

—Lo era, pero, por contra, la virtud que él proclamaba no buscaba en ningún caso apiadarse de los débiles y los pobres, ni tampoco ayudarles en sus desgracias ni sentirse hermano de todos los hijos de Dios. No buscaba, como lo hacía Nuestro Señor Jesucristo, cambiar el mundo mostrando que la senda para ello es el amor al prójimo.

Mario se quedó en silencio durante unos instantes. Alvar apenas oía su respiración y pensó que el zagal había conciliado el sueño.

—Gracias, ilustrísima, por iluminarme —dijo de pronto—. Buenas noches.

—Buenas noches, Mario.